

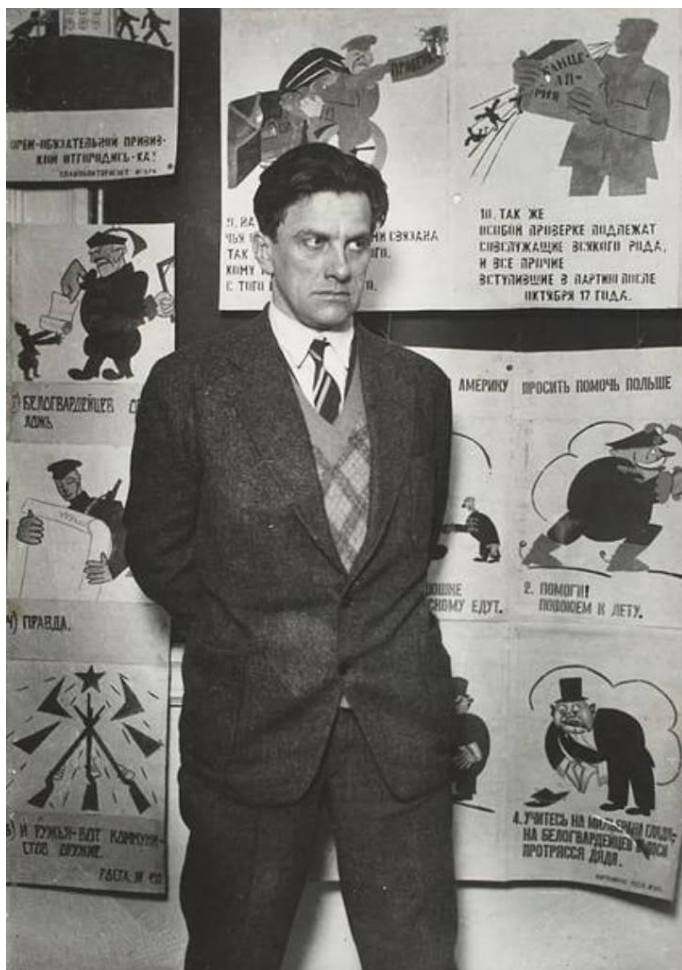


LENIN

Seguido de Anexos



EDICIONES
DOSCUADROS



Vladimir Maiakovski junto a carteles de agitación diseñados por él.

LENIN
Seguido de Anexos

VLADIMIR MAIAKOVSKI

Traducción de
VV.AA.

Revisión y edición de
2CUADRADOS

Primera edición en ruso: 1924

Título original en ruso: Ленин

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Enero de 2024,

A 100 años de la muerte de Vladimir Ilich Lenin.

Web: www.doscuadrados.es

Twitter: @2Cuadrados

Instagram: @2_cuadrados

Índice

Alexei Surkov	
Introducción: Heraldo de la época	5
Maiakovski	
Lenin	13
Es hora	15
Los hombres son barcas	16
Yo conocí a un obrero	43
Si en un museo	89
Anexos:	107
Maiakovski	
Versos sobre el pasaporte soviético	109
Maiakovski	
150.000.000 (fragmentos)	113
Roque Dalton	
A Lenin	123
Roque Dalton	
Dialéctica del génesis, las crisis y los renacimientos	124
Bertolt Brecht	
Al morir Lenin	125
Bertolt Brecht	
Elogio del revolucionario	126
Bertolt Brecht	
Los tejedores de alfombras de Kujan-Bulak honran a Lenin	128

Introducción: Heraldo de la época

Alumbra siempre,
alumbrar por doquier,
hasta el fondo del último día,
alumbrar,
¡sin ninguna discusión!
Esa es mi consigna
¡y la del sol!

Nació en Bagdadi, pueblecito georgiano perdido en las montañas. Su padre, que era inspector forestal, murió prematuramente. Las privaciones y dificultades que se abatieron sobre la familia Maiakovski, al morir el padre, acompañaron desde la infancia al futuro poeta. La pobreza le impidió terminar el curso en el liceo de Kutaís y le arrojó a Moscú, en unión de su familia. Allí, siendo ya alumno de la Escuela de Pintura y Escultura, el joven Maiakovski toma contacto con los revolucionarios en la clandestinidad, ingresa en una organización del Partido Bolchevique, está dos veces en la cárcel, es juzgado y únicamente la circunstancia de ser menor de edad le salva de largos años de prisión zarista.

Después de la cárcel y de la vista de la causa, pierde el enlace con la clandestinidad, pero el breve período de activa participación en la lucha revolucionaria ha dejado en él duradera huella. Todo lo que le destaca y eleva sobre sus coetáneos y compañeros en sus primeros años de vida literaria, cuando predetermina el futuro destino del gran poeta revolucionario arranca de los acontecimientos y peripecias que viviera en los días de su trabajo bolchevique ilegal.

Maiakovski llega a la poesía rusa en años duros para esta. Después del magnífico período de florecimiento del siglo xix, al que alumbraba como un sol resplandeciente el genio de Pushkin, la poesía rusa de comienzos del siglo xx, sobre todo a partir de la derrota de la primera revolución rusa de 1905, atraviesa un sombrío período de decadencia. Esto lo percibían con dolor y agudeza los simbolistas de más talento y mayor intuición histórica, como

Alexandr Blok y Valeri Briúsov. Pero otros representantes de ese grupo, desde Merezhkovski hasta Sologub, desviaron a la poesía del ancho camino del civismo para llevarla a los tortuosos senderos de las búsquedas místicas, de las reflexiones individualistas, del apartamiento de “la prosa de la vida” y recluirla en la torre de marfil. De aquella asfixiante mazmorra no podía liberarla otro grupo de poetas, que se denominaban “cumbristas” y declaraban la “materialidad” del verso, porque ellos eran portavoces de las mismas fuerzas sociales que sus predecesores los simbolistas.

Y los tiempos exigían cambios. Había terminado la quietud mortal en que estuviera sumida Rusia desde 1905. Se alzaba una nueva y alta ola de acciones revolucionarias de la clase obrera. El aire estaba ya cargado del presentimiento de la tragedia que se avecinaba: la Primera Guerra Mundial. Allá, en los recónditos fondos de la vida del pueblo iba germinando lo que irrumpiría, el año 1917, en la historia universal como una gigantesca explosión revolucionaria. Y entre los poetas que eran considerados a la sazón próceres del pensamiento, únicamente Alexandr Blok barruntaba en sus versos los grandiosos cambios que se aproximaban.

Adviene Maiakovski a la poesía en unión de un muy alborotador y fogoso grupo de poetas que se daban el nombre de “futuristas”. Aquellos jóvenes que se ahogaban en el marasmo estético y espiritual imperante en la poesía de entonces, declararon la guerra no solamente a sus contemporáneos de más edad, sino a la cultura del pasado. Desafiando a los sacerdotes de la poesía “elevada” y a sus admiradores con sus “chaquetillas amarillas”, caras pintarrajeadas, escandalosas veladas y disputas literarias, los futuristas se proclamaron únicos revolucionarios en el arte.

Y en aquel grupo de revoltosos anarquizantes, Maiakovski no se quedaba atrás. Participaba en la redacción de manifiestos futuristas, los firmaba en unión de otros colegas, vestía la “chaquetilla amarilla del fatuo” y aturdía con su joven voz de bajo a los enemigos del futurismo.

Pasmaba a sus adversarios, a más de con su ruidosa conducta, con versos insolentes, retadores:

Manché en seguida el mapa cotidiano
volcando sobre la pintura del vaso;
mostré los carrillos torcidos del océano
en la gelatina del plato.

En las escamas de un pez de hoja de lata,
leí de labios nuevos las llamadas.
¿Y vosotros,
tocar podríais
nocturnos
en la flauta de la cañería?
(¿Y vosotros, podríais?)

Así era. Y si Maiakovski se hubiera limitado a escribir versos e tal meollo y resonancia, incluyéndose en ese feudo como hizo la mayoría de los integrantes de dicho grupo, habría sido relegado al olvido o figuraría en la historia de la poesía rusa del siglo xx con unas breves líneas.

Pero no ocurrió así porque desde los primeros años de su vida poética Maiakovski se elevó ya sobre sus compañeros como artista que buscaba para la poesía el camino hacia el corazón del gran lector futuro. En sus más tempranos versos, anteriores a la revolución, resonaban ya con originalidad y fuerza las notas de la protesta social.

En su primer poemario, *La nube con pantalones*, publicado en 1915, Maiakovski aparece ante los lectores no solo como un demoleedor de todo lo caduco, se revela además como un humanista con el corazón lacerado por el desbarajuste reinante en el mundo, lleno de ira por la injusticia de un régimen social en el que unos millares de individuos viven como parásitos a costa del trabajo y los sufrimientos de millones de seres humanos.

A estos millones de personas dirige el poeta sus palabras, rebosantes de asombrosa visión poética:

Donde la vista humana, ya no llega,
coronado de espinas de la revolución,
como jefe de las hordas hambrientas,
el año diez y seis viene sin remisión.
Entre vosotros, yo soy su precursor;
estoy en dondequiera que hay dolor;
en cada lágrima vertida,
me crucifico yo.

Al leer todo lo que escribiera Maiakovski en los años anteriores a Octubre, se percibe con nitidez que bajo “la chaquetilla amarilla del fatuo” ardía con fuego inextinguible el corazón de un luchador, lleno de intenso amor al hombre de la calle, injustamente golpeado por el régimen social.

No importa que en los versos prerrevolucionarios del poeta se hiperbolice su “yo” lírico. No importa que su ímpetu revolucionario se convierta a veces en “apostólica” renunciación de rebelde solitario, lo principal es que en todos sus versos se refleja el convencimiento de que:

Y él,
el hombre libre,
que anunció
a gritos fuertes,
vendrá,
creedme a mí,
¡creedme!

Y sus buenos diez años después de que fuera esto escrito, encontramos en su poema *A casa* la siguiente confesión, de muy gran importancia y hondo significado para comprender la vida del poeta:

Los proletarios
al comunismo vienen
desde abajo
—desde minas,
hoces
y horquillas—,
mientras que yo,
al comunismo me lanzo
desde los cielos de la poesía,
porque sin él
no tiene amor
el alma mía.

El humano amor “al hombre de la calle” fue el hilo de Ariadna que guio a Maiakovski, durante toda su vida, por los campos de la literatura.

Su aguda intuición de la historia le ayuda, en los turbulentos días de las conmociones revolucionarias, a encontrar inmediatamente su sitio, al lado de los bolcheviques, en las barricadas que dividen el mundo. Esa intuición le ayuda también, en los primeros meses del Poder soviético, a ver “tras las montañas de penas, inmensas, soleadas tierras”, a liberarse de los excesos futuristas de la juventud, a convertirse en “agitador, vocero y cabecilla” del pueblo que, por primera vez en la historia de la humanidad, emprende el camino, no recorrido aún por nadie, de la edificación de una nueva sociedad, justo y feliz, para toda la gente del mundo.

Sintiéndose entre los combatientes y constructores de la nueva sociedad, “la fábrica de dichas”, Maiakovski no hace ascos a ningún trabajo corriente, por “humilde” que sea, en pro de la victoria de la causa de Octubre. En los años de la guerra civil, como poeta y dibujante, trabaja en las “Ventanas de la Rosta”¹, hace carteles llamando a la lucha contra las dificultades de la guerra y el bloqueo, impuestos al pueblo por la intervención extranjera, infunde en los corazones fe en la victoria.

Después de la guerra, no desdeña el trabajo, despreciado por los “sacerdotes del arte puro”, de creación de un sistema soviético de publicidad, escribe versos-comentarios de los temas más palpitantes del día, recorre el país, conquistando auditorios masivos para su verso innovador y revolucionario, va al extranjero como representante plenipotenciario de la nueva cultura engendrada por la Revolución de Octubre.

Y de toda esta impetuosa actividad, de este continuo contacto con miles de lectores, de constructores del socialismo, nacen los versos, poemas y canciones que destacan a Maiakovski como primer poeta de la revolución.

Poeta-innovador, incluye con audacia en el círculo de los temas poéticos los asuntos y casos más prosaicos en apariencia y lleva al mundo de la lírica personal todo lo humano, todo lo común engendrado por la nueva realidad.

Al tema personal está dedicado el poema de Maiakovski Sobre eso. Los sentimientos y emociones íntimas del poeta embellecen su ciclo de poesías acerca del extranjero, llenas de humano amor a la gente del trabajo, a las víctimas de la discriminación racial y de airada protesta contra las condiciones que dan lugar al dolor y padecimientos de millones de personas. El mismo

¹ Agencia Telegráfica Rusa (N. del T.).

Cuando decimos: Lenin,
es como si dijéramos:
el Partido.

Cuando decimos: el Partido,
es como si dijéramos:
Lenin.

En la tercera parte hay dos protagonistas: el pueblo y el Partido, anonadados con la muerte de Lenin, pero que marchan seguros y firmes hacia el objetivo señalado. Maiakovski pone de relieve tanto la inmensidad de la pérdida sufrida por el Partido y el movimiento obrero mundial, como la inmortalidad del leninismo, su inagotable fuerza, su transformadora influencia en toda la historia de la sociedad humana.

Maiakovski era un patriota de la nueva Rusia, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En la poesía *Despedida*, da su adiós a París con estas palabras:

Yo hubiera querido
vivir
y morir en París,
si no hubiera existido
esa tierra:
Moscú.

Esta misma nota resuena en muchos de sus versos, dedicados a acontecimientos “de casa” y del extranjero. Para él son tan amigos y camaradas el fundidor Kózyriev, que se traslada a una nueva vivienda, como los negros americanos Tom y Willy y los muchachos neoyorkinos de la Juventud Comunista. A todos les da el cálido afecto de su corazón, siendo con ellos sus afanes y esperanzas, sus penas y calamidades.

El tiempo es un severo juez y un tasador riguroso. Numerosos contemporáneos de Maiakovski, que aspiraban al elevado título de “próceres del pensamiento” de su época, no resistieron la prueba del tiempo. Cayeron de sus pedestales y desaparecieron en el olvido muchos de los que auguraban tal suerte a Maiakovski.

Los versos y poemas de Maiakovski dedicados en gran parte a palpitantes temas del día, que parecían pasajeros, continúan viviendo medio siglo después de la muerte de su autor.

En su poesía-testamento *Para la voz* escribía:

Mi verso,
 con trabajo,
 atravesará la mole de los años
y aparecerá
 sólido,
 con ruda
 forma,
como aparece hoy
 el acueducto,
obra
 de los esclavos de Roma.

Esta profecía se cumplió. Y también se han convertido en realidad los sueños del poeta de que sus versos resonaran en las ondas de la radio y de que se esparcieran por la tierra “los folletos, cual lluvia pasajera”. Su innovadora experiencia ha hecho y sigue haciendo fecundas las búsquedas de varias generaciones de poetas en la Unión Soviética. Esa experiencia del gran poeta de la Revolución de Octubre ha dejado huella en líricos como Bertolt Brecht, Johannes Becher, Nazim Hikmet, Pablo Neruda y Louis Aragon. Las decenas de millones de ejemplares de obras de Maiakovski editados en la Unión Soviética, en los idiomas de todos sus pueblos, los versos traducidos a casi todas las lenguas del mundo constituyen un serio testimonio del constante valor de la herencia literaria que nos dejara este gran vate soviético.

En la obra de Maiakovski, como el sol en la gota de agua, se refleja el alma de su pueblo y la faz de la época de que fue heraldo por designio de la historia.

Alexei Surkov

Al Partido Comunista de Rusia

ES HORA.

Es hora,
y empiezo
de Lenin a hablar.
No porque
se haya calmado
el pesar;
es hora
porque
esa angustia hiriente
es ya dolor claro,
sentido, consciente.
Tiempo,
vuelve a agitar
las consignas de Lenin al viento.
¿Es propio
de nosotros verter
las lágrimas a ríos?
Lenin,
ahora,
más vivo está que todos los vivos.
Él es nuestro saber,
y fuerza,
y arma.

LOS HOMBRES SON BARCAS

Los hombres son barcas,
aun viviendo en tierra.

Durante
los años
que nos da el destino,
multitud de sucias
conchas y algas
al costado
se pegan
de nuestra barca.

Y luego,
pasada
la tempestad brava,
te sientas
al sol y te limpias
de las verdes barbas
de las algas
y de las medusas,
viscosas, rosáceas.

Yo
al sol
leninista me limpio,
y, proa a la revolución,
navegando sigo.

Temo
esos versos a millares
como el mancebo
teme las falsedades.
Le pondrán una corona reluciente,
y me inquieta
que le tapen la frente,

su frente
verdadera:
sabia,
humana,
grande, inmensa.
Temo
que los desfiles
y los mausoleos,
los honores
y rituales pompas,
en su rigidez,
cubran de empalagoso óleo
la leninista
sencillez.
Cual de las niñas
de mis propios ojos,
yo cuido de él,
para que no lo envuelvan
en vistoso papel.
El corazón lo manda,
y de escribir
tengo el deber.



Todo Moscú.
Un fragor estremece
la congelada tierra.
Junto a las hogueras, helados
de frío en la noche entera
¿Quién es él?
¿Qué ha hecho?
¿De dónde procede?
¿Por qué
esos honores
tan grandes merece?
En la mente, una a una,

busco las palabras,
y no encuentro
ninguna
adecuada.
¡Qué pobre es
en el mundo
el taller de palabras!
¿De dónde he de sacar
las apropiadas?
Tenemos
siete días,
tenemos
doce horas.
No podemos
contar con dos vidas.
La muerte
de disculpas no es amiga.
Cuando
andamos mal de horas
y la medida
del calendario es poca,
decimos:
“una era”,
decimos:
“una época”.
Durante
la noche
dormimos.
Durante
el día actuamos.
Nos gusta
echar agua en un cesto,
si es que este
cesto es nuestro.
Y cuando surge
alguien que, por todos,

dirige con acierto
torrenteras de acontecimientos,
decimos:
“es un profeta”,
decimos:
“es un genio”.
Nosotros
no tenemos pretensiones,
no nos metemos
donde no nos llaman;
con que gustemos
a nuestras mujeres,
de sobra
tenemos para estar contentos.
Y cuando surge alguien
que, fundida alma y cuerpo,
diferente a nosotros,
avanza impetuoso,
le ponemos el rótulo:
“parece un rey”,
nos llenamos de asombro:
“es un don de los cielos”.
Eso dicen,
y en el vacuo aserto
nada hay sabio ni necio.
Las palabras en el aire flotan
y cual humo se disipan luego.
Nada puede sacarse
de tales cascarones hueros.
Ni cabeza ni manos
sentirán nada nuevo.
¡Cómo vamos
a medir
a Lenin con tan pobre rasero!
Pues con sus ojos
cada uno

veía
que esa “era”
entraba por la puerta
sin rozar
el dintel
con la cabeza.
¿Será posible
que de Lenin también digan:
“Era jefe
por la gracia divina”?
De haberse
parecido
a un rey o a un dios,
yo,
sin temores,
ciego de furor,
me alzaría
impertérrito
ante el cortejo,
frente al gentío
y la veneración.
Hallar
sabría
maldiciones
que hirieran los oídos,
y antes
que me aplastasen,
en unión de mi grito,
al cielo
lanzaría
mis blasfemias,
y al Kremlin,
las bombas
de mis iracundos:
“¡Fuera!”

Pero al lado del féretro

los pasos de Dzerzhinski²
 firmes resuenan.
 Hoy, bien podría
 abandonar
 sus puestos la Cheka³
 Millones de ojos,
 entre ellos
 los dos míos,
 tan solo ven carámbanos
 de lágrimas
 cuajadas por el frío.
 A Dios
 las rituales honras
 no le asombran.
 ¡No!
 Hoy,
 con esta inmensa pena,
 el corazón se ha helado.
 Hoy
 enterramos
 al más terreno
 de todos
 los hombres
 que por la tierra han pasado.
 Era terreno,
 pero no de esos
 que solo ven
 su mundo,
 su mísero agujero.
 De una mirada,

² Félix Edmúndovich Dzerzhinski: en aquellos años, comisario del pueblo del interior, fiel discípulo de Lenin y su compañero de lucha, paladín de la revolución.

³ Cheka: Comisión Extraordinaria para la lucha contra la Contrarrevolución. Encabezada por F. Dzerzhinski, la Cheka descubrió y liquidó una serie de complots antisoviéticos en los primeros años del poder soviético.

la tierra
entera él abarcaba,
veía
lo que el tiempo
de momento ocultaba.
Era como vosotros,
y como yo,
exactamente igual,
con la sola
diferencia, quizás,
de que, junto a los ojos,
del pensar,
las arruguillas
se le acusaban más
que a nosotros,
y sus labios eran más firmes,
más irónicos.
No tenía la dureza del sátrapa
que, empuñando las riendas,
con su carro
triumfal
te aplasta y te atropella.
Trataba
al camarada
con un cariño
profundamente humano.
Mas, frente
al enemigo,
era más duro
que el hierro fundido.
No le eran ajenas
esas flaquezas
que tenemos todos,
le aquejaban
las enfermedades, igual que a nosotros.
Yo, por ejemplo,

juego al billar,
para el ojo aguzar,
a él le gustaba el ajedrez,
eso a los jefes
aprovecha bien.
Y pasando
del tablero
al enemigo auténtico,
convirtiendo
en hombres
a los que ayer eran peones,
puso
la dictadura obrera de los hombres
sobre la prisión,
capitalista, de la torre.
Él amaba
lo mismo
que nosotros amamos.
¡¿Por qué razón,
entonces,
estando yo de él tan lejano,
la vida
daría,
embobecido de entusiasmo,
por un único
hálito
de sus labios?!

¡Y no yo solo!
¡¿Soy yo mejor,
acaso, que los otros?!

No haría falta ni llamar,
bastaría con abrir la boca.
¿Quién de vosotros,
del campo o de la mina,
un paso al frente
no daría

con alegría y ansia loca?
Tambaleándome
—como si hubiera
bebido de más—,
por instinto
de los rieles del tranvía
me aparto sin cesar.
¿Quién
lloraría
ahora
mi muerte pequeña
cuando todo está de luto
por esta muerte inmensa?
Van lentos con banderas,
o sin ellas.
Parece que,
de nuevo,
se ha vuelto nómada
Rusia entera.
Y la Sala de las Columna⁴
retiembla
de gentío repleta.
¿Por qué?
¿Para qué?
¿Cuál es el motivo?
Está ronco
el telégrafo
del fúnebre rugido.
Hay lágrimas de nieve
en las banderas,
cuál párpados enrojecidos.

⁴ La Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos: edificio histórico, situado en la parte central de Moscú. En este edificio se celebran los actos solemnes más importantes de carácter social. Allí, en enero de 1924, se encontraba el féretro con los restos mortales de V. I. Lenin, para que el pueblo pudiera darle su último adiós.

¿Quién es él?
¿Qué ha hecho?
¿De dónde procede?
Este hombre,
el más humano de los hombres?



Breve,
hasta sus últimos momentos,
la vida
de Uliánov
la conocemos.
Pero la larga vida
del camarada Lenin
hay que escribirla
y narrarla de nuevo.
A tiempos muy lejanos
se remontan
de Lenin
los primeros datos,
a unos doscientos años.
¿Oís
el férreo
y estentóreo grito
que atraviesa
los remotos siglos,
la voz sonora
de la tatarabuela
de Bromley y Guzhón⁵,
la voz de la primera locomotora?
Su Majestad
el Capital,

⁵ Fábricas Bromley y Guzhón: fábricas de construcción de maquinaria que pertenecían al capital extranjero. Nacionalizadas y reconstruidas después de la revolución, ya no llevan esos nombres.

el rey
no coronado,
declara
ya vencida
la fuerza del vil campo.
La ciudad saqueaba,
robaba,
riqueza amontonaba,
llenaba bien
la panza de sus cajas,
mientras la clase obrera,
encorvada y flaca,
ocupaba su puesto
ante las máquinas.
Amenazaba ya,
alzando más y más
las chimeneas al cielo:
—El camino hacia el oro
pavimentáis
con nuestros cuerpos.
Engendraremos,
proveeremos,
y un día vendrá
el hombre,
el luchador,
el vengador,
¡el juez severo!—
Ya
se mezclaban
el humo y las nubes,
cual
soldados
de un mismo regimiento.
Se forma
un doble cielo
en el que el humo

a las nubes oprime con ahínco.
 Crecen
 las mercancías,
 alzándose entre los mendigos.
 El director,
 diablo calvo,
 con el ábaco hacía cálculos,
 refunfuñando:
 “¡Crisis!”,
 y colgó frío
 el vocablo “despido”.
 Las cagadas de moscas
 cubren
 las golosinas,
 el pan
 se pudre
 en grano almacenado,
 mientras ante los escaparates
 de todos los Eliséievs⁶,
 con el hambre ladrando en el estómago,
 se arrastra el paro.
 Gorgotean
 las tripas vacías de los tugurios,
 ahogando con su ruido
 el llanto de los niños:
 —Para el trabajo,
 o para el fusil,
 ¡toma
 mis manos!
 ¡Ven,
 protector,
 ven vengador!

⁶ Eliséiev: antes de la revolución, dueño de una gran empresa comercial que tenía filiales en las ciudades más grandes de Rusia.



Eh, tú,
 camello,
 de las colonias descubridor!
¡Y vosotras,
 columnas de barcos de acero!
¡En marcha,
 proa a los desiertos,
 más ardientes que el fuego!
¡Espuma haced,
 más blanca que el papel!
Ya empiezan
 a surgir negros remiendos
entre los deliciosos
 oasis palmeros.
Allí,
 entre
 las plantaciones doradas, el negro,
a latigazos medio muerto,
 exhaló su alarido:
—¡Hu-u-u-u-ú,
 hu-u-ú!
 ¡Nilo, Nilo mío!
¡Trae y llévate
 en tus aguas
 los días sombríos!
Más negros
 que yo cuando duermo,
y que estalle un incendio
 más rojo que la sangre que yo tengo.
Y que los panzudos,
 blancos y negros,
se cuezan a un tiempo
 en este café hirviendo.
Cada colmillo
 de elefante

alcanzado
 clávaselo en la carne,
 déjalo en su corazón hincado.
 Que la sangre se derrame con provecho,
 al menos
 para los bisnietos.
 Sal ya, radiante sol,
 protector nuestro.
 Yo acabo,
 el Dios de la muerte
 me llama a su lado.
 No olvides
 mi mandato dolorido,
 ¡Nilo,
 Nilo mío!
 En las nieves de Rusia
 en la Patagonia, soledades de horror,
 el tiempo
 ha puesto máquinas
 exprimidoras de sudor.
 Y al lado del Ivánovo,
 Junto a Voznesensk⁷,
 clamor de coplillas
 a las pétreas moles
 hace estremecer:
 “Ay, fábrica, fábrica mía,
 la de amarillos ojitos.
 El tiempo a Stepán Razin⁸
 lo vuelve a llamar a gritos”.



⁷ Ivánovo-Voznesensk (hoy Ivánovo): importante centro textil cuyos trabajadores, durante muchos años, se declararon en huelga y participaron en sublevaciones revolucionarias.

⁸ Stepán Razin: caudillo del levantamiento campesino del siglo XVII.

Los nietos

preguntarán con interés:

—¿Qué es un capitalista?—

Como los hijos

ahora:

—¿Un al-gua-cil,

qué es?—

Para los nietos

trazo,

en una hoja de papel,

del capitalismo un fiel retrato,

con toda la parentela en él.

En sus años mozos,

el capitalismo

no era mal muchacho,

era un chico dispuesto y avisado:

el primero para el trabajo,

no temía, de ninguna manera,

mancharse,

trabajando,

la pechera.

¡Le hacían ya llagas

las feudales bragas!

Y paso

se abría

no peor que hoy día.

Floreció

en revoluciones,

en su primavera,

e incluso

hacía coro

a “La Marsellesa”.

La máquina

ideó

e inventó un día.

¡Y hasta los hombres

a ella se sometían!
 Llenó
 el mundo,
 el mundo entero,
 de infinidad de niños
 obreros.
 Se zampó
 reinos
 y condados,
 con coronas y águilas,
 de un bocado.
 Orondo,
 como una vaca bíblica,
 o un buey,
 se relame contento.
 Su lengua es el parlamento.
 Con los años
 dureza perdieron
 sus músculos de acero;
 muchas carnes echó,
 y se puso
 tan grueso,
 con el correr del tiempo,
 como
 su propio libro Mayor.
 Un palacio erigió,
 ¡suntuoso, sin par!
 ¡Y más de un gran pintor
 por sus muros trepó!
 El suelo, estilo imperio,
 el techo rococó,
 paredes,
 Luis XIV,
 Catorce, sí señor.
 Y alrededor,
 con cara

que de culo
lo mismo
serviría,
cariculesca
policía.
A su alma sorda
no le dicen nada
canciones ni colores,
como a la vaca,
en el prado,
las flores.
La ética, la estética
y demás zarandajas,
son solo
para él
simple criadas.
Paraíso
e Infierno
suyos son,
y les vende
a las viejas, por un tanto,
los agujeros
de los clavos
de la cruz del Señor
y las plumas
de la cola
del Espíritu Santo.
Acabó
por crecer
él mismo demasiado,
pues por él
se desloma el esclavo.
Enriqueciéndose,
zampano
y durmiendo,
el capitalismo se hinchó,

se puso obeso.
 Y obeso
 se tumbó
 en el camino de la historia,
 en el mundo,
 como en su cama propia.
 No es posible esquivarlo
 ni pasarlo de largo,
 el único remedio
 ¡es volarlo!



Yo sé
 que sonreirá
 con amargura el lírico
 y con premura
 empuñará
 la vara el crítico:
 —¡¿Y el alma, dónde está?!
 ¡Eso es pura
 retórica!
 ¿Y dónde, la poesía?
 ¡¡Simple publicística!!
 Capitalismo,
 no es palabra fina,
 suena mucho mejor
 “ruiseñor”,
 pero yo
 la repetiré
 una y otra vez.
 Verso,
 álzate como consigna agitadora.
 Yo escribiré
 de todo,
 de muchas cosas,
 pero ahora

no es tiempo
de palabritas amorosas.
A ti
te doy,
atacante clase obrera,
toda mi sonora
fuerza de poeta.
El proletariado
es algo molesto y estrecho
para
quienes ven
en el comunismo un cepo.
Mas, para nosotros
es esta palabra
poderosa música capaz
de alzar
a los muertos
y hacerles luchar.



Los pisos de arriba,
de espanto,
se echan a temblar,
hacia ellos se eleva ya, airado,
el potente grito de los sótanos.
—Paso nos abriremos
hacia el azul del cielo,
de par en par abierto.
A través de
este pozo de piedra, subiremos.
Así será:
de estos camastros se levantará
el hijo del obrero
y al proletariado guiará.
A ellos,
a los poderosos,

les falta ya espacio en el globo.
 Y el capital
 tiende
 su cuerpo cebado,
 la mano,
 pesada
 de tantas sortijas,
 hacia la garganta
 del que tiene al lado.
 Avanzan
 con chirriante
 estruendo de hierro.
 —¡Matad!
 ¡Para dos burgueses el sitio es pequeño!—
 Las aldeas
 convierten en cementerios,
 las ciudades,
 en talleres ortopédicos.
 Se acabó,
 la mesa
 para el té está puesta.
 Con el pastel
 de la victoria en ella.
 —¡Oíd
 la macabra ventriloquia,
 las castañuelas de las muletas!
 De nuevo
 nos
 veréis
 en otra guerra.
 Este delito
 no lo perdonará
 jamás el tiempo.
 Llegará impetuoso,
 como las aguas
 en la primavera,

y os declarará
la guerra: ¡a vosotros
y a vuestra guerra!—

Lagos
de lágrimas
surgían en la tierra,
demasiado
intransitables eran
los cenagales de sangre.

Y entretanto,
fantaseadores solitarios
buscaban soluciones cada día
en las ingenuas utopías.

Al chocar
con la vida
los filántropos se rompieron la crisma,
¿Podían, acaso,
millones de humanos
ir por la senda de los filántropos?

El propio
capitalista
se siente ya incapaz,
es
importante
para su máquina frenar:
su régimen
arrastra,
como el viento las hojas secas,
un revuelto montón
de crisis y de huelgas.

—¿A qué bolsillo
vamos a parar
como oro derretido?

¿Con quién ir,
a quién culpar?—
La clase de millones de cabezas,

a pie firme estuviera
y en todos
los trabajos
de callos se cubriera,
a cuantos
de la plusvalía se apropiaban
los cogió
con las manos en la masa.
Allí donde temblaban
tímidos cuerpecillos
sin atreverse
a levantar la vista
más alto
del ombligo
del logrero bolsista,
Marx
condujo
a la guerra implacable
de clases
contra el becerro
de oro,
que era ya fuerte toro.
Nos parecía
que los remansos del comunismo
solamente
nos podrían
llevar
las olas
del azar.
Pero Marx
las leyes
de la historia descubrió,
puso al proletariado
en el timón.
Los libros de Marx
no son pruebas de imprenta,

no son columnas
de cifras secas,
Marx
puso
en pie al obrero
y lo condujo
en columnas
más rectas.
Conducía
diciendo:
morid combatiendo,
actuar
es corregir
lo que el cerebro ha impreso.
Vendrá,
vendrá
el gran práctico,
y os llevará tras él
a campos de batalla,
¡no de papel!–
Moliendo con la piedra del cerebro
sus últimos pensamientos,
y trazando
con su mano de cera
la palabra postrera,
yo sé
que Marx
ya columbraba
en sueños el Kremlin
y la bandera
de la Comuna
sobre el rojo Moscú desplegada.
Como melones,
iban
madurando los días,
el proletariado

se alejaba

y a aparecer volvía,

vislumbrándose en la lejanía....

Por todo ello,

en el apartado Simbirsk,

nació un niño,

igual que los demás,

Lenin.

en sus harapos,
una insignia de Lenin lucía.
Se dirá:
Eso
son tonterías.
Las señoritas
también se prenden
alfileres, por coquetería.
Pero aquel no era un alfiler;
el corazón de él,
palpitante allí,
rebosante del amor a Ilich,
quemó la camisa
y encendió la insignia.
Esto
no se puede explicar
con los ringorrangos de los religiosos
escritos eslavos.
Y Dios
no
le dijo:
¡Tú eres mi elegido!
Con su paso humano,
sus obreras manos
y propia cabeza
siguió
ese camino.



Mira,
desde arriba,
a la Rusia entera:
como largas huellas
de miles
de varas,
los ríos azulean.

Son como
 señales de los latigazos.
Pero más azules
 que las avenidas de la primavera,
son los cardenales
 de la Rusia sierva.
Mira,
 desde un lado,
 a la Rusia entera,
y por dondequiera
 que la vista extiendas,
montañas,
 presidios y minas
se hincan
 con anhelo
 en el vidrio azulado del cielo.
Pero aún más penoso
 que aquellos presidios terribles,
era el duro yugo de los viejos tornos
 fabriles.
Había países
 más ricos,
más bellos,
 más listos.
Pero tierras
 con dolor más grande,
en toda mi vida,
 jamás las he visto.
No todas las huellas
 de las bofetadas
 se borran de la cara.
El grito arreciaba:
 —¡Alzaos
 por la tierra y la libertad!—
Y rebeldes,
 aislados,

la bomba
o pistola
agarraban.
¡Cosa superior
es meterle
al zar todo el cargador!
¡¿Pero y si,
tan solo,
junto a la carroza, levantas el polvo?!
El promotor
del asesinato del zar
ya ha sido atrapado;
es narodovolets,
de Uliánov hermano,
se llama Alejandro¹¹.
Si matas a uno,
aparece otro
que con todo ardor
se afana
y esmera
en torturar mejor.
Y Alejandro
Uliánov
fue ahorcado por el verdugo,
como miles de Schlisselburgo.
Y entonces,
Ilich,
cuando tenía diez y siete años,
pronunció estas palabras,
más firmes
que el juramento del soldado:

¹¹ Alexandr Uliánov, narodovolets: miembro de la sociedad revolucionaria “Naródnaya Volia”, fue detenido en la víspera del atentado contra el zar, juzgado por el tribunal militar y ahorcado en la fortaleza de Schlisselburgo, lugar de ejecución de muchos revolucionarios rusos.

—Hermano,
para sustituirte,
aquí nos tienes preparados,
¡venceremos,
mas
por otro camino seguiremos!



Mirad los monumentos,
¿véis
qué héroes hay en ellos?
Se alzan con pompa,
y tú has
de honrarles con una corona.

Muy distintas
diarias,
de simples obreros
cargó Ilich
sobre sus espaldas.
Al obrero,
ante la boca del horno le enseña
qué hacer
para que el salario aumente
en cinco kopeks.

Qué hacer
si el maestro
le pega cruel.
Cómo proceder
para que el patrono
agua hervida dé.

Pero el objetivo final
no es eso mezquino;
no hay que detenerse
en lo ya logrado,
pararse en la charca
que está en el camino.

corría,
 por él
 esclarecida y ancha,
 y, bañado
 con la fuerza
 y los pensamientos de las masas,
 junto con la clase,
 Lenin también
 se agrandaba.

Se está ya
 convirtiendo en realidad
 la solemne
 promesa
 que Lenin joven diera:

No
 estamos solos,
 somos
 la Unión
 de Lucha por la Emancipación
 de la Clase Obrera¹².

El leninismo avanza,
 por los discípulos
 de Ilich llevado,
 cada vez
 más lejos
 y en frente más ancho.

En el polvo
 y el fango
 de la infinita Vladímirka¹³,
 con sangre
 escrito está

¹² La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera: la primera organización obrera marxista en Rusia, embrión del Partido Comunista.

¹³ Vladímirka: camino por el cual los presos políticos desterrados iban de Moscú a Siberia.

el heroísmo de la clandestinidad.
 Al globo
 terráqueo
 cuerda le hemos dado,
 E incluso
 cuando
 en los sillones del Kremlin estamos sentados,
 ¡cuántos de nosotros,
 de pronto,
 bajo los decretos,
 creemos oír
 ruido de grilletes de Nérchinsk¹⁴!
 Una vez más
 la suerte
 del pájaro os voy a recordar.
 Tras la mirilla,
 el correteo eléctrico
 de los tranvías.
 ¡¿Quién
 de vosotros
 no arañaba, no mordía
 los barrotes de la reja
 cada día?!
 Si te rompes
 la cabeza
 contra la pared estrecha,
 tras de ti
 lavarán y limpiarán
 la celda.
 “Fue tu vida breve, pero honrada,
 al servicio de la tierra amada”.
 ¿En qué destierro
 Lenin cariño le tomó

¹⁴ Ciudad del sur de Rusia donde se encontraba la katorga (campo de trabajo forzado) más notable del Imperio.

a la fúnebre fuerza
de esta canción?



Decían:

El *mujik*¹⁵

su propio camino seguirá,
un socialismo
ingenuo y sencillo
organizará.

Pero la verdad
cierta

es que también

la Rus¹⁶ se eriza en chimeneas.

La ciudad
barbas de humo tiene ya.

Al paraíso no te invitarán:

entre usted,

tenga la bondad.

El comunismo pasa por encima

del cadáver de la burguesía.

Para los cien millones de campesinos,

el proletariado es el guía.

Lenin

es el jefe de los proletarios.

El liberal o el eserista¹⁷ avispados,

para agarrarles por el cuello,

harán a los obreros

promesas sin cuento;

¹⁵ Campesino pobre.

¹⁶ Hace referencia al estado eslavo antiguo, conocido como la Rus de Kíev. Los pueblos de Bielorrusia, Ucrania y Rusia reivindican a la Rus de Kíev como el origen de su legado cultural.

¹⁷ Eseristas (socialistas revolucionarios): pequeñoburgueses que propugnaban el terror individual; después de la Revolución de 1917, se convirtieron en una organización clandestina que luchó contra el poder soviético.

Lenin le arrancará al ropaje
de sus frases
hasta los calzoncillos,
para que, cada vez,
salgan de los libros
en toda su aristócrata desnudez.

A nosotros
también
nos tiene hartos
esa palabrería de la libertad,
de que todos somos hermanos;
nosotros,
con las armas marxistas pertrechados,
el único
partido
bolchevique del mundo formamos.

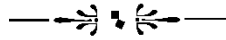
Si América
atraviesas
en el departamento de un exprés,
como si vas por Chujlomá¹⁸ a pie,
en los ojos
se te clavarán
tres grandes letras:
PCR,
y, entre paréntesis,
una “b” pequeña¹⁹.

Ahora,
a los Marte
Púlkovo los atrapa,
revolviendo
en el cofre azul del cielo.
Pero para el mundo

¹⁸ Ciudad obrera en la región de Kostromá.

¹⁹ Partido Comunista de Rusia (bolchevique), nombre que adoptó el POSR(b) en 1918, hasta que en 1925 se convirtió en el PCU(b) y en 1952, PCUS.

es esta
minúscula precisamente
cien veces más bella,
grande
y refulgente.



Las palabras,
hasta
las más importantes,
del uso, se hacen viejas,
como los trajes.

Yo quiero
hacer brillar, con nuevo brillo,
una palabra, la más majestuosa:
“PARTIDO”.

¡Uno solo!...
¿Quién lo necesita?!
La voz de uno es de menos sonido
que el piar del pajarillo.

¿Quién la oirá?
¡Tu mujer, quizás!

Y eso
si no estáis en el mercado,
sino al lado.

El Partido
es como
un huracán bravío
en el que voces finas, quedas,
se han unido y fundido;
a su embate,
se quiebran
las fortalezas del enemigo,
como del cañoneo
saltan
los tímpanos de los oídos.

Desgraciado del hombre
cuando está solo.
Mal lo pasará,
ninguna batalla ganará,
todo el que posea una fuerza mayor
será su señor,
e incluso los débiles,
si son dos.
Pero
si en un partido
se apiñan los pequeños,
entonces,
¡ríndete, enemigo,
y quédate ahí quieto!
El Partido
es una mano de un millón de dedos,
apretada,
con vigor,
en recio puño demoledor.
Uno solo es absurdo,
uno es como ninguno,
uno,
por muy importante
que sea,
no levantará
ni una simple
viga de madera,
y menos, un edificio
de cinco pisos.
El Partido
son
millones de hombros,
apretados, estrechamente,
unos contra otros.
Con el Partido
obras levantaremos

hasta el cielo,
 ayudándonos siempre,
 elevándonos mutuamente.
 El Partido
 es la espina dorsal de la clase obrera.
 El Partido
 es la inmortalidad de nuestra causa entera.
 El Partido
 es lo único que jamás me traicionará.
 Hoy dependiente soy,
 pero mañana
 reinos del mapa podré borrar.
 El cerebro de la clase,
 la acción de la clase,
 la fuerza de la clase,
 la gloria de la clase,
 ¡eso es el Partido!
 El Partido y Lenin
 son hermanos gemelos;
 para la madre-historia,
 ¿quién es más entrañable de ellos?
 Cuando decimos: Lenin,
 es como si dijéramos:
 El Partido.
 Cuando decimos:
 el Partido,
 es como si dijéramos:
 Lenin.

— ↔ ↻ ↻ —

Aún hay,
 a montones,
 testas coronadas,
 aún los burgueses
 negrean
 como cuervos en la invernal llanada,

mas ya
 el ardor
 de la lava obrera
por el cráter del Partido,
 impetuosa, sale fuera.
Nueve de enero²⁰.
 La gaponiada²¹ ha terminado.
Caemos,
 por el plomo zarista segados.
De los cuentos
 de la piedad del zar
 no ha quedado ni pizca
después de la matanza de Mukdén
 y de los estallidos de Tsusima²².
¡Basta!
 ¡Ya no creemos
 en palabras ajenas!
En armas
 nos alzaremos
 nosotros mismos, los de Presnia²³.
Parecía
 que íbamos
 a acabar con el trono en un minuto
y que, tras él,

²⁰ El 9 de enero de 1905: este día el gobierno zarista ametralló a una pacífica procesión de obreros de Petersburgo, cuando se dirigían al palacio del zar a entregarle una petición.

²¹ Gapón: provocador, agente de la Ojrana zarista. Desde 1903, se ocupaba de formar organizaciones pseudoobreras bajo la tutela de los gendarmes y la policía. Ayudó a la Ojrana zarista organizar el ametrallamiento de los obreros el 9 de enero de 1905, con el fin de ahogar en sangre el movimiento obrero.

²² Mukdén y Tsusima: lugares de las batallas más importantes de la guerra rusojaponesa (1904-1905), en las cuales la flota y el ejército rusos fueron derrotados. Estas batallas revelaron la completa descomposición del régimen estatal y social de la Rusia zarista.

²³ Presnia: barrio industrial de Moscú, donde tuvieron lugar los primeros combates de calle que anunciaron el comienzo de la revolución de 1905.

la poltrona burguesa
se rompería al punto.
Ilich ya está aquí.
Día tras día, con ahínco,
pasa
con los obreros
el año cinco.
Se encontraba
a su lado en cada barricada,
el desarrollo de toda
la insurrección guiaba.
Pero de pronto
corrió una nueva muy taimada:
“libertad”.
La gente se prendió lacitos,
el zar
salió del balcón
con un manifiestito.
Y tras aquella
semana
“libre”, de miel,
los discursos,
los lazos
y las melodiosas canciones,
los cubrió a la vez
el profundo rugir de los cañones:
se hizo a la mar
de sangre obrera
el verdugo Dubásov,
almirante del zar.
¡A la cara escupamos
de la canalla blanca
que ahora farfulla acerca
de las ferocidades de la Cheka!
Mirad
cómo aquí a los obreros,

por los codos atados,
les azotan el rostro
hasta matarlos.
La reacción hacía estragos.
Los intelectualillos
se apartaron de todo
y todo lo emporcaron.
Los buscadores de Dios²⁴
en casa se encerraron,
encendieron las velas
y el incensario.
Y empezó a gimotear
hasta el camarada Plejánov²⁵:
—¡La culpa es de vosotros!
Lo confundisteis todo, hermanos.
¡Por eso tanta
sangre se ha derramado!
Las armas,
en vano,
no vale la pena empuñarlas.
La voz
resonante de Lenin
se incrustó con brío
en aquel lastimero gañido:
—No,
las armas
hay que empuñarlas,
pero
con aún más decisión y energía.

²⁴ Después de la derrota de la revolución de 1905, una parte de los intelectuales, partidarios de la revolución, se desanimaron y, traicionando al movimiento revolucionario, se adhirieron a los “buscadores de Dios”, que propugnaban el misticismo religioso.

²⁵ J. Plejánov: destacado teórico marxista que durante la revolución de 1905 se desvió a la derecha y se separó definitivamente de Lenin. Uno de los fundadores del ala oportunista, menchevique, de la socialdemocracia rusa.

De nuevas insurrecciones veo ya el día.

La clase obrera se volverá

de nuevo a alzar.

Para las masas

debe ser consigna

no la defensa,

sino la ofensiva.

Y este año,

de espuma de sangre cubierto,

y estas heridas

en el campo obrero

parecerán

una infantil

escuela

entre las tempestades y tormentas

de las insurrecciones venideras.



Y Lenin,

que otra vez

en el destierro se halla,

nos prepara

para

la nueva batalla.

Enseña

y aprende él mismo,

reúne

de nuevo

el destrozado Partido.

Mira

cómo las huelgas

el año encrespan,

un poco más,

y de la insurrección estarás cerca.

Pero,

de los años,

espantoso,
 el catorce²⁶ se eleva de pronto.
 Suelen escribir:
 al soldado le gusta
 una pipa fumar
 y de antiguas campañas
 un ratito charlar.
 Pero esta
 carnicería mundial,
 ¡¿con qué Poltava,
 con qué Plevna²⁷
 se la puede comparar?!
 El imperialismo,
 en cueros vivos,
 con la barriga al aire
 y los dientes postizos,
 sin importarle
 la sangre un comino,
 devora los países,
 tras los bayonetazos asesinos.
 Los lameculos
 serviles le rodean,
 los patriotas
 —los comodones Vovas—
 escriben, luego
 de lavarse las manos traidoras:
 —¡Obrero,
 combate,
 hasta la última gota de sangre!
 La tierra

²⁶ 1914, año de comienzo de la Primera Guerra Mundial, entre potencias imperialistas, que dejó alrededor de 10 millones de muertos y 20 millones de heridos. Sirvió como ruptura entre las posiciones chovinistas y defensistas y las posiciones revolucionarias e internacionalistas.

²⁷ Poltava [1709, Ucrania] y Plevna [1877, Bulgaria]: lugares de las históricas batallas del ejército ruso.

era una montaña
de revuelta chatarra
en la que hampones
y buscones
hurgaban con afán.
Y en medio
de aquel inmenso manicomio,
se irguió
el único cuerdo:
Zimmerwald²⁸.
Aquí
Lenin,
con un puñado de camaradas,
sobre el mundo se levantó
y alzó
unos pensamientos
de más resplandor
que el mayor incendio,
una voz
con mayor fragor
que el de todos los cañoneos.
Allí
millones,
con cañoneos ensordecedores,
el galopar de la caballería
con cien mil sables destructores.
Aquí,
contra
los sables y los cañones,
pronunciados los pómulos
y calvo,
un solo hombre.

²⁸ Zimmerwald: ciudad suiza donde en 1915 se celebró la Conferencia Socialista Internacional, en la cual el grupo de izquierda, encabezado por Lenin, se pronunció decididamente en contra de la matanza imperialista.

—¡Soldados!

Los burgueses,
la traición y la venta consumadas,
tras de Verdún,
al Dvina,
a los turcos mandan.

¡Basta!

¡Transformemos
en guerra civil
la guerra entre los pueblos!

Basta

de destrucciones,
de matar y de herir,
de nada
tienen culpa
las naciones.

¡Contra

la burguesía de todos los países
alcemos
la bandera
de la guerra civil!—

Se podía pensar:

ahora
el cañón-horno
fuego estornudará
y su fétido aliento
todo lo arrasará,

y luego, busca al hombrecillo,

anda,

trata de recordar, siquiera, su apellido.

Con las gargantas,

silbantes y aulladoras, de sus armas,
unos a otros

los países

se gritan:

¡De rodillas!

Pero se acabó
de pelear,
y no hubo vencedor alguno,
tan solo venció uno:
el camarada Lenin, ¡nadie más!
¡De imperialismo hay una infinidad!
Se agotó ya
nuestra
paciencia angelical.
Desde la Táurida
hasta Arjánguelsk,
tú has sido
quebrantado
por la Rusia insurrecta.
El imperio
¡no es ninguna gallina indefensa!
Es un águila con el pico grande
y el poder de sus dos cabezas.
Sin embargo,
nosotros, un buen día,
escupimos
como una colilla
toda su dinastía.
Inmenso,
de una herrumbre de sangre cubierto,
andrajoso,
descalzo y hambriento,
¿qué haría el pueblo?
¿A los Soviets iría
o sacaría
las castañas
del fuego a los burgueses,
como antes hacía?
—El pueblo
ha roto
las cadenas del zar,

canta con voz de tenorcillo.
 No habíamos aún
 probado
 ni un bocado
 de todas estas
 libertades febreristas,
 cuando –provistos ya
 de varas– incitaban los defensistas:
 “¡Al frente, al frente sin temor,
 pueblo trabajador!”
 Y para culminar
 el idílico paisaje,
 nos rodearon
 por doquier
 los guardianes,
 los que nos traicionaron
 antes y después,
 los eseristas y los Sávkov³²,
 y los mencheviques,
 gatos con saber.
 Y de pronto,
 en la ciudad,
 que ya había empezado a engordar,
 viniendo de más allá
 del Neva
 y de la Estación de Finlandia,
 por el barrio de Víborg,
 un carro blindado empezó a resonar.
 Y un fuerte
 y fresco viento
 las espumeantes olas
 de la revolución
 alzó

³² Sávkov B.: uno de los líderes del partido de los eseristas, provocador; después de la Revolución de Octubre, organizador de varios alzamientos contra el poder soviético.

de nuevo.
Se inundó
 la Liteiny³³
 de blusas y de gorras:
“¡Lenin está con nosotros!
 ¡Viva Lenin!” –cundía el alborozo.
 —¡Comaradas!–
 y sobre las cabezas
 de los primeros cientos de personas
extendió
 hacia adelante
 su mano guiadora–.
 —¡Arrojemos
 con audacia
 los viejos harapos de la socialdemocracia!
¡Fuera
 el poder
 de los conciliadores y los capitalistas!
Somos
 la voz
 de los de abajo,
de la entraña de los obreros
 del mundo entero.
¡Viva
 el Partido
 que construye el comunismo!
¡Viva la insurrección
 por el Poder
 de los Soviets!–
Por vez primera,
 ante una multitud enfervorizada,
surgió
 de pronto ante nosotros,
 muy cercana,

³³ Avenida de Liteiny: una de las calles principales de Leningrado.

allí mismo,
 como la cosa más sencilla,
 la inaccesible palabra:
 “socialismo”.
 Allí mismo,
 llegando de las fábricas en fragores,
 cubriendo toda
 la bóveda celeste
 de fuertes resplandores,
 anunciando el mañana,
 alzose la futura
 comuna de los trabajadores,
 sin burgueses,
 sin proletarios,
 sin esclavos y sin señores.
 En la red espesa,
 de cuerdas
 conciliadoras trenzada,
 las palabras de Ilich
 caían como golpes de hacha.
 Rugidos
 de derrumbes
 cortaban sus palabras:
 “¡Bien dicho, Lenin!
 ¡Verdad!
 ¡Es hora ya!”
 La casa
 que a la Kszesínskaya³⁴
 regaló el zar
 por su lascivo pernear,
 está ahora llena
 de blusas obreras.
 Allí, la multitud fabril

³⁴ Kszesínskaya: bailarina, amante del zar; su palacio fue ocupado por el pueblo revolucionario.

fluye como una ría,
 allí se temple
 en la gran fragua leninista.
 “Come dulces piñas
 y zámpace ortegas,
 que tu hora postrera,
 burgués, ya te llega”.
 Ya nos encaramamos
 a los que están sentados
 en la silla del amo:
 ¿Qué tal vivís,
 qué engullís ahí?
 Para probar,
 en Julio³⁵,
 la garganta y la panza
 les empezamos a palpar.
 Los burgueses enseñaron los dientes
 inmediatamente.
 —¡El esclavo se ha sublevado!
 ¡Que su sangre
 salte a latigazos!—
 Y con la manecita
 de Kerenski,
 la orden quedó escrita;
 ¡A Lenin fusilad!³⁶
 ¡A Zinóviev³⁷ encerrad!
 Y el Partido,

³⁵ Manifestación de julio [3-4 de julio de 1917]: manifestación pacífica de los obreros, soldados y marinos petrogradenses, cuya consigna era: “¡Todo el poder a los Soviets!”. Fue ametrallada por orden del Gobierno Provisional.

³⁶ En agosto de 1917, el primer ministro Kerenski (responsable del gobierno provisional desde la abdicación del zar en febrero hasta la revolución de octubre), firmó la orden de detener a Lenin con el propósito de asesinarlo.

³⁷ Zinóviev, E. G.: participó en el movimiento socialdemócrata ruso desde 1901. Después del II Congreso del Posdr en 1903, se adhirió a los bolcheviques. Después de la Revolución, uno de los líderes del bloque antipartido trotskista-zinovievista.

de nuevo,
pasó a la clandestinidad.
Ilich está en Razliv,
Ilich está en Finlandia.
Pero ni la buhardilla,
ni el campo,
ni la choza
entregarán
el jefe
a la banda rabiosa.
A Lenin no se le ve ahora,
pero está muy cercano.
Por la forma
en que avanza el trabajo,
percibe ya la vista,
el rector
pensamiento leninista,
se percibe
de Lenin
la guiadora mano.
Para sus palabras,
el terreno es el más apropiado:
caen como la semilla
y, al instante,
en acciones germinan,
y junto
al hombro
del obrero,
brotan millones
de hombros de gente campesina.
Y cuando
solo
ya quedaba ir a las barricadas,
tras de fijar
un día
entre la fila de semanas,

flores de Octubre.
 Y entonces,
 a los que los mandatos
 de Lenin lean,
 al hojear
 las páginas
 de los decretos, amarillentas,
 les brotarán
 las lágrimas,
 aunque costumbre ya no sea,
 y de emoción,
 golpeará en sus sienes
 la sangre de sus venas.
 Al hacer
 el resumen
 de todo lo vivido
 y buscar en los días
 el más resplandeciente,
 recuerdo siempre
 el mismo:
 el primero,
 el día veinticinco.
 El zigzaguo
 de las bayonetas,
 cual rayos en el cielo,
 los marineros,
 que con las bombas juegan,
 como si pelotas fueran.
 Y del recio fragor,
 el Smolny³⁸
 retiembla, todo en ebullición.
 Abajo, con la canana en banderola,
 los hombres de las ametralladoras.

³⁸ Smolny: sede del Soviet de Petrogrado (hoy de Leningrado); Estado Mayor de la insurrección armada de Octubre.

pasó,
desapercibido.
Los soldados
ya por Ilich
a combates llevados,
pero
sin conocerle aún
por los retratos,
se empujaban,
vociferaban,
lanzándose sin cesar
palabras más cortantes
que las navajas de afeitar.
Y en medio de aquella ansiada
tempestad de hierro,
Ilich,
que incluso parecía
soñoliento,
andaba,
se detenía
y, entornando un ojo,
clavaba
la mirada,
con las manos cruzadas a la espalda.
En un muchacho
con polainas
y cabellera alborotada
fijó la mirada,
que nunca el blanco erraba,
que parecía
sacar el corazón
de debajo de las palabras
y extraer
de debajo
de las frases el alma.
Y yo sabía

–Ya lo atraparemos–

sacaron las barrigas,
repletas de argumentos de peso—
Dujonin y Kornílov⁴¹,
Guchkov y Kerenski
ya les enseñarán a esos
lo que es bueno.
Pero el frente,
sin combate,
lo tomaron las palabras aquellas,
llenáronse
en seguida
las ciudades y aldeas
de decretos⁴²
que prendieron fuego
hasta en los corazones de los analfabetos.
Sabemos
que nosotros,
y no ellos,
les hemos enseñado
“lo que es bueno”.
Corría de cercanos
a lejanos, y de lejanos,
a otros de más allá,
haciendo los corazones estallar:
“¡Paz a las chozas,
guerra
a los palacios,
guerra sin piedad!”
Se luchaba

⁴¹ Kornílov y Dujonin, generales blancos y Guchkov, ministro del Gobierno provisional, encabezaron una sublevación contrarrevolucionaria en septiembre de 1917.

⁴² Los decretos sobre la paz y sobre la tierra y la disposición sobre la formación del gobierno obrero y campesino fueron los primeros documentos legislativos promulgados por el gobierno revolucionario.

¡Salid a confraternizar!
 Y el frente corría
 hacia los caracoles
 de los vagones de mercancías.
 ¿Acaso se podía,
 con un puño crispado
 parar aquel torrente desbordado?
 A veces, parecía
 que la barquilla iba a zozobrar
 y que la bota de Guillermo,
 de espuelas más agudas que las de Nicolás,
 las fronteras
 del País de los Soviets iba a borrar.
 Surgieron los eseristas
 con las capas desplegadas,
 enredando en su vanilocuencia
 a los que raudos escapaban,
 incitando
 a abatir
 a los monstruos de acero,
 bellamente,
 con la estúpida
 espada del caballero.
 A los
 que se engallaron,
 Ilich les gritó:
 —¡Quietos!
 Que el Partido
 cargue también
 con este peso.
 El abyecto
 respiro de Brest⁴³ tomaremos.

⁴³ El joven Estado soviético tuvo que firmar un tratado inicuo con Alemania, que estuvo en vigor durante un período muy corto y se anuló en noviembre de 1918, al estallar la revolución en Alemania que destronó a Guillermo II.

para a Denikin sustituir;
al barón se le arrojará,
y llegará Kolchak⁴⁵.
Dormíamos en los charcos,
comíamos cortezas,
pero avanzábamos,
cual millones de rojas estrellas,
y cada uno a Ilich dentro llevaba,
de cada uno Ilich se preocupaba
en un frente
de once mil verstas.
Once mil verstas
en circunferencia,
¿pero cuántas, cruzando
a lo largo y a lo ancho?
Pues cada casa
atacar se debía,
cada puerta
a un enemigo
escondía.
El monárquico y el eserista
acechaban noche y día:
a veces, te mordían cual serpientes,
otras, de un tajo te partían.
¿La fábrica
de Mijelsón,
sabes dónde está?
Por la sangre
de las heridas

⁴⁵ El general Denikin dirigía la primera ofensiva de importancia de los blancos contra la República Soviética desde el Sur; al ser derrotado Denikin, el barón Wrángel entró en las estepas ucranianas por la parte de Crimea. El almirante Kolchak encabezó los ejércitos blancos en Siberia. Respaldados por los imperialistas de Occidente, trataban de estrangular el Estado soviético. Los resultados de sus tentativas son conocidos por todo el mundo.

de Ilich⁴⁶ la encontrarás.
 Los eseristas
 no saben
 apuntar muy bien:
 al disparar,
 se dieron
 ellos mismos en la sien.
 Pero más espantoso que las bombas
 y las balas de las pistolas,
 es el asedio del hambre,
 del tifus implacable.
 Mirad
 cómo revolotean
 las moscas sobre las migajas;
 tienen menos hambre
 que nosotros
 el año diez y ocho:
 a pie firme,
 en la calle fría,
 para una ochava mísera,
 aguardábamos
 todo un día.
 Aunque me enchironen
 y hagan padecer,
 ¡por una patata vendo patata vendo yo una fábrica,
 si la compra usted!
 Y los arsenales,
 con una decena de naves
 mayores,
 aullaban jadeantes
 haciendo encendedores.

⁴⁶ En 1918, la eserista Kaplán cometió un criminal atentado contra la vida de Lenin, escogiendo un momento cuando Lenin salía de la fábrica Mijelsón de Moscú, después de haber pronunciado un discurso ante los obreros de la misma.

NEP⁴⁸.

Lenin entornó los ojos:

—Arreglaos por ahora,
aprended a medir,
si no lo hacéis,
nada valdréis.

La costa

acunaba

a la tripulación cansada.

Estamos habituados a la tormenta,

¿qué trampa es esta?

Ilich

a una bahía profunda

señaló certero,

y encontró

el punto exacto

del amarradero,

y suavemente,

en el mundo,

en los *docks*⁴⁹ de la construcción,

el coloso

de las Repúblicas Soviéticas entró.

Y el propio

Lenin

llevaba

a la brecha

la madera

y el hierro

para su arreglo.

⁴⁸ NEP [Nueva política económica]: política económica que llevó a cabo el Estado soviético durante un período transitorio, encaminada a fortalecer la alianza de la clase obrera y el campesinado y basada en la sustitución del sistema de contingentación, según el cual los campesinos entregaban al Estado todos los sobrantes de los productos agrícolas, por el impuesto en especie, sistema que permitía a los campesinos disponer libremente de estos sobrantes.

⁴⁹ Muelles.

pero un millón
 más sólida y firmemente.
De los elementos
 pequeñoburgueses
queda
 todavía
 la marejadilla,
mas ya los relámpagos
 desgarran
 las nubes tranquilas
y, en crescendo,
 la tormenta
 mundial se aproxima.
Al diezmado
 enemigo
 lo reemplaza otro nuevo,
pero, ¡así será!;
 encenderemos el cielo
 sobre el mundo entero,
aunque
 más vale hacerlo,
que
 escribir de ello.
Ahora,
 cuando bebemos
 o comemos,
o a la fábrica de todos
 volvemos,
 después del almuerzo,
sabemos
 que el proletariado es el vencedor
y que Lenin
 es de las victorias organizador.
De la Komintern

Soviética de Ilich se inclinan.
Los esfuerzos
de nadie
no nos causan espanto,
adelante
veloces vamos
como locomotora el trabajo...
y de pronto,
la tremenda noticia nos cayó:
A Ilich un ataque
le dio.

SI EN UN MUSEO.

Si en un museo
se exhibiera a un bolchevique
vertiendo lágrimas,
el museo estaría
todo el día
lleno de papanatas.
Sería natural,
¡pues tales cuadros
no se han visto jamás!
Los *panis* a fuego nos marcaban
la estrella de cinco puntas
en la espalda.
Las bandas
de Mámontov vivos nos enterraban
dejando solo la cabeza
fuera de la tierra.
En los fogones de las locomotoras
los japoneses nos quemaban,
de estaño y plomo derretidos la boca nos llenaban.
Rugían: —¡Abjurad ahora mismo!—
pero
de las ardientes gargantas
solo salían tres palabras:
—¡Viva el comunismo!
Butaca tras butaca,
fila tras fila,
este hierro
este acero
irrumpía,
el veintidós de enero,
en el edificio de cinco pisos
del Congreso de los Soviets.

Se sentaban,
 bromeaban,
resolvían,
 de paso,
 asuntos cotidianos.
¡Ya es hora de empezar!
 ¿Por qué tardarán tanto?
¿Por qué
 la presidencia tiene claros,
 como un bosque talado?
¿Por qué los ojos
 están más rojos
 que los palcos?
¿Qué le pasa a Kalinin⁵²?
 Apenas se mantiene en pie.
¿Una desgracia?
 ¿Cuál?
 ¡No puede ser!
¿Y si a él...?
 ¡No!
 ¡¡Imposible es!!
Sobre nosotros
 el techo
 empezó a descender como un cuervo.
Inclináronse las cabezas a la par,
 ¡inclinadlas más!
De pronto, las luces derramadas
 de las arañas se estremecieron
y negras se volvieron.
Apagose
 el tintineo inútil de la campanilla.
Sobreponiéndose,

⁵² Mijaíl Ivánovich Kalinin: uno de los más viejos compañeros de lucha de Lenin; en aquella época ocupaba el cargo de presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia; más tarde, presidente del Presídium del Consejo Supremo de la URSS.

Kalinin se levantó.
No es posible tragarse las lágrimas
que caen del bigote y las mejillas.
Le han traicionado.
Brillan ya en la perilla.
Los pensamientos, confundidos,
oprimen la cabeza,
la sangre a las sienas se eleva,
y borbotea en sus venas.
—Ayer,
a las seis y cincuenta,
¡falleció el camarada Lenin!



Este año
ha presenciado
lo que jamás verán cien años.
Un solo día
para los siglos
queda,
como una triste leyenda.
El horror
un gemido
del hierro arrancó.
El sollozo
por los bolcheviques se esparció.
El dolor, ¡cuánto pesaba!
Ellos mismos,
como fardos,
a la calle se sacaban.
Para enterarse:
¿Cuándo y cómo?
¿Por qué lo callan?
Por calles
y callejas,
como un catafalco,

aullaba en vela
por toda la tierra,
que no acababa
de comprender,
en su estupefacción,
que en Moscú,
en una diminuta
y fría habitación
yacía en su ataúd,
el hijo y padre de la Revolución.
Murió,
murió,
murió.
¿A quién
vamos a convencer?
Bajo el cristal,
verá...
Desde la
Paveletski,
lo llevan
por la ciudad
que él tomó a los señores.
La calle
es como una cruel herida,
gimiente toda,
toda dolorida.
Aquí
cada piedra
a Lenin conoce
por la reciedumbre
de los primeros
ataques de Octubre.
Aquí
cuanto
está bordado
en cada bandera,

Vive,
que mayor ventura
no necesitamos:
¡Cien veces combatiremos
y en las tumbas reposaremos!—
Si las palabras
de un taumaturgo
ahora resonaran,
para que muriéramos
y él se despertara;
la presa de la calle
todas sus compuertas abriría
y el gentío,
con canciones,
a la muerte se lanzaría.
Pero no hay milagros,
y soñar con ellos no conduce a nada.
No hay más que Lenin,
el ataúd
y las espaldas encorvadas.
Él era humano,
hasta el fin, en sumo grado;
llévalo
y atórméntate
con un dolor humano.
Jamás
llevaron
nuestros océanos
un peso
tanpreciado
como este ataúd rojo
que hoy navega hacia
la Casa de los Sindicatos
a hombros
de las marchas y de los sollozos.
Aún

su escolta
de honor hacía
la severa guardia
de temple leninista,
y ya la gente
aguardaba,
a pie firme clavada,
a lo largo de toda
la Tverskaya
y de la Dimítrovka.
El diez y siete,
a veces,
a las hijas a la cola
del pan no las mandabas:
¡Comeremos mañana!
Pero esta
cola de espanto
y de frío
la hicieron todos, con sus enfermos
y con sus hijitos.
Alineábanse juntos
el campo y la ciudad.
Con acentos viriles.
o llantos infantiles
vibraba su pesar.
Como un resumen vivo
de la vida de Lenin,
en singular
parada,
la tierra del trabajo desfilaba.
Sale un sol amarillo
que lanza al pie
sus rayos
esmaltados y oblicuos.
Como
aturdidos,

llorando sus anhelos,
e inclinándose afligidos,
pasan los chinos.
Las noches
emergían
sobre las espaldas de los días,
cambiando horas,
confundiendo fechas.
Parecía
que no había
ni noche ni estrellas,
sino que, doloridos,
sobre Lenin plañían,
los negros de Estados Unidos
Una inaudita helada
las suelas quemaba.
Y apretujada, compacta,
la gente
el día entero aguanta.
Ni a dar
palmadas,
para calentarse,
nadie se atreve;
sería inoportuno,
no se debe.
La helada nos agarra
y nos arrastra
como si averiguara
hasta que grado
en el amor estamos templados.
Se hinca en las multitudes.
Entre las apreturas se enreda,
con el gentío penetra
y atrás las columnas deja.
Los escalones crecen
y en arrecife se convierten.

que se llama:
¡clase!

Las banderas
de nuevo
sus alas abaten
para alzarse
mañana
otra vez al combate.
“Tus ojos de águila nosotros
cerramos amorosos”.
Hombro con hombro,
para no caer,
con los párpados rojos
y enlutadas banderas,
iban a despedirse
de Ilich por vez postrera,
y junto al mausoleo,
el paso se hacía lento.
Cumplíase el ceremonial.
Discursos.
Que hablen, bien está.
Lo malo
es que un minuto
es poco:
¿se puede
en ese espacio
abarcarse por entero al amado?
Pasan
y miran
con temor hacia arriba,
al círculo negro,
de nieve polvoriento.
¡Con qué celeridad
saltan

el ataúd, inerte y mudo.
Junto a él estamos
los representantes
del género humano,
para que con tormentas de insurrecciones,
difundamos de poemas y acciones,
cuanto hemos presenciado.



Pero
de pronto,
de lejos,
de lo rojo,
en la helada
y en nuestra silenciosa guardia,
una voz de –Murálov quizá–
nos manda:
“¡De frente, march!”
La orden
no hacía falta:
más lentos,
más a un tiempo,
más fuerte el aliento,
arrastrando
con trabajo
el pesado cuerpo,
plaza abajo,
martillamos
ya el paso.
Cada bandera,
con manos firmes
empuñada,
sobre las cabezas
de nuevo se alza.

Y el torrente

de pasos se extiende
con girar potente
e irrumpe profundo
en el pensar del mundo.
Pensamiento de todos,
en un eslabonado,
de obreros,
campesinos
y valientes soldados:
“¡Sin Lenin,
la República
lo pasará mal!
Hay que sustituirlo pronto,
pero, ¿con quién?
¿Y cómo?
¡Basta
de estar tumbados
en el colchón de chinches plagado!
—¡Camarada Secretario!
Toma,
aquí tienes:
pedimos nos inscribas
en una célula del PCR,
a todos a la vez,
a la fábrica entera,
colectivamente...
Observan
los burgueses,
abiertos los ojuelos,
del fragor de los pasos
tiemblan de miedo.
De los tornos calientes
cuatrocientos mil
vienen.
Es la primera corona
que el Partido

el puño de Europa se ha levantado.
Nuestro estruendo los aplastará.
¡No lo intentéis!
¡Atrás!

La misma
muerte
de Ilich se convirtió
en el
más grande
comunista-organizador.

Sobre
las chimeneas
de este bosque descomunal,
en el asta,
por millones de manos
formada,
sobre la Plaza Roja,
la bandera roja,
con impulso
tremendo levantada,
ya se alza soberana.

Desde esta bandera, desde
cada uno de sus pliegues,
Lenin,
de nuevo
vivo, llama:
—¡Proletarios,
formad,
para la lucha final!

¡Esclavos,
enderezad
la espalda y las rodillas!

¡Ejército de los proletarios,
álzate en compactas filas!

¡Viva la Revolución,
cercana, de alegría llena!

Esta es
la única
gran guerra
de cuantas
la historia conociera.

1924

Anexos.

por tener en las manos,
el pasaporte soviético,
el de la hoz y el martillo.
Yo,
como un lobo,
mordería al burocratismo,
a las credenciales,
no les tengo respeto.
¡Que se vayan,
todos al diablo,
cualquier papel,
pero éste!...
Yo saco,
del bolsillo,
de mis enormes pantalones,
un duplicado del pasaporte-,
carga de poco peso.
¡Leed,
envidiadme!
Yo soy
ciudadano,
de la Unión Soviética.

1929

V. Maiakovski

150.000.000

(Fragmentos)

150.000.000 es el nombre del autor de este poema

Su ritmo es la bala

Su rima el fuego saltando de edificio a edificio.

150.000 hablan por mis labios

La rotativa de los pasos

sobre el papel de las plazas

ha impreso esta edición

¿Quién interrogará a la luna?

¿Quién cuentas pedirá al sol?

¿Qué tenéis que decir de los días y las noches?

¿Quién el nombre dirá del genial autor de la tierra?

Así

este poema

no tiene

a nadie por autor.

Y la única idea es

brillar para el alba que se acerca.

Este mismo año,

ese mismo día y esa misma hora,

bajo la tierra,

sobre ella,

en el cielo,

más arriba incluso

aparecieron estos

carteles,

pasquines,

octavillas:

A TODOS

A TODOS

A TODOS

A todos
 los que no pueden aguantar más.
Juntos
 salid,
 y caminad.



[...] Por eso
 hoy
 los ojos del mundo entero nos contemplan,
los oídos alerta
 captan nuestros menores ruidos
para ver esto,
para oír estas palabras
ésta:
 voluntad de la revolución
 llevada hasta sus últimos límites
esto:
 el mitin de almacenes y de máquinas,
de gentes y cuerpos de animales,
esto:
 manos,
 patas,
 pinzas,
 bielas,
 palancas
 hasta el aire enrarecido
prestan juramento unánime.
Los
 poetas
 que ensayan sus voces celestes,
olvidadlos,
 escuchad estas canciones:
«Venimos cruzando capitales
 a través de la tundra hicimos camino,
 en el barro y las ciénagas hemos andado.

Venimos a millones,
 millones de trabajadores,
 millones de obreros y empleados.

Venimos de los alojamientos,
 nos hemos escapado de los almacenes,
 de pasadizos iluminados por incendios.

Venimos a millones,
 millones de objetos
 quebrados,
 rotos,
 arruinados.

Descendemos de las montañas,
 venimos reptando por los bosques
 de los campos agotados por los años.

Venimos
 a millones,
 millones de animales
 erizados
 embrutecidos,
 hambrientos.

Venimos
 millones
 de impíos,
 de paganos
 y ateos».

Golpeando la frente
 con el hierro oxidado,
 por los campos
 todos

con fervor
 a rezar a Dios

Sal
 no de una dulce
 capa estrellada,

Dios de hierro
 Dios de fuego

Dios, ni Marte
 Ni Neptuno ni Vega
Dios de carne,
 ¡Dios hombre!
Desciende de las estrellas,
liberado de las alturas,
terrestre,
 entre nosotros,
sal,
 aparece.
No tú,
 «que estás en los cielos».
Ahora
ante los ojos de todos,
nosotros mismos
 haremos
 nuestros
 milagros.
Lucharemos
 aunque en tu nombre
tengamos que batirnos
 entre el humo,
en el fragor del rayo.
Nuestras hazañas serán
 Más difíciles que las del creador
que llenaba
 el vacío de las cosas.
Nosotros tenemos
 no sólo que construir
imaginando lo nuevo
 sino además dinamitar lo viejo.



Sed, danos de beber.
Hambre, danos de comer
Ya es hora

de lanzar
el cuerpo al combate.

Densa la descarga
de balas
contra los cobardes.
Y contra los que corren,
fuego de metralletas.
¡Eso!
Desde el pozo del alma.
Con el fuego
la llama
el hierro
la luz
ve,
abrasa,
corta,
destruye.

Nuestras piernas,
destellos de trenes.

Nuestros brazos
abanicos aventando campos.

Nuestras aletas barcos.
Nuestras alas aviones.
¡Caminar!
¡Volar!
¡Atravesar!
¡Rodar!

el mundo entero lo comprobará.
Este objeto es útil,
es bueno,
todo va bien.

Si es inútil,
al diablo.
Una cruz negra.

Te
conseguiremos,

universo romántico.

Más fe

para el alma,

pero electricidad,

vapor.

Más mendigos,

guardaos las riquezas de todos los mundos.

Matad las antiguallas

destruidas

un mito nuevo

atronará en el mundo.

Tiempo, derribaremos

a Patadas tus obstáculos.

Mil arcoíris

colorearán el cielo.

En un mundo nuevo se abrirán

las rosas y los sueños sucios de rimas de poetas.

Todo se hará

para alegrar

a los niños grandes

que somos.

Vamos

a inventar

nuevas rosas,

las rosas de las capitales con pétalos de plazas.

Todos vosotros

que estáis

marcados por el estigma de los tormentos,

venid hoy a casa del verdugo.

Y

sabréis

que los hombres

pueden ser tiernos,

como el amor

que por un rayo trepa hacia la estrella.
Nuestra alma
será
agua que desemboca en Volgas amorosos.
Que el agua te lleve,
a ti o a otro,
todos serán inundados por miradas luminosas.
A través
de las arterias más finas
lanzaremos
barcos de ensueño de las invenciones poéticas.
Y como hemos escrito
será el mundo,
y el miércoles
y ayer
y en el día
de hoy,
y mañana,
y así sucesivamente
por los siglos de los siglos.
Por un verano
de cien años,
combate,
canta:
«Es la lucha
final...»



[...] Historia,
en este capítulo
tu carrera en la palma de la mano,
hambrientas, lastimeras,
las ciudades se apartan
y por encima del polvo de las avenidas
se alza el sol de una nueva existencia.
Un año seguido de innumerables ceros.

Una fiesta que en el calendario
no está marcada.

Cubiertos de banderas,
los hombres
las casas.

Quizás sea
el centenario de la revolución de octubre,
quizá
simplemente
es por la alegría.

Lanzando globos por la pendiente de los cielos,
por trenes,
sobre el puente de innúmeras escuadras,
en columnas onduladas de peatones
llegan y se colocan las formaciones humanas.

Grandes cabezas,
aureolas de rojo,
se ordenan los marcianos llegados de Marte.
El aero salta en el aire
y de nuevo se borra.

Y de nuevo el pájaro eclipsa al sol,
Y de nuevo, saliendo de planetas lejanos,
las hélices se abanicán detrás del sol.
Los desiertos se lavan con las fauces del mundo,
los árboles encantan tronco tras tronco.

En una plaza de verdor
el ex-Sáhara
se instala hoy
en la solemne fiesta anual.

Día tras día transcurren los días,
la obscuridad de la noche se espesa.
Antes de que hayan tenido tiempo de colocarse
retumba:

¡Empezamos!
Voces humanas,

voces de animales,
gruñidos de ríos,
echad vuestras guirnaldas de gloria a los aires.
Cantad todos, escuchad todos
el solemne réquiem del universo.
A vosotros, venidos del tiempo pasado
durante años hambrientos,
que clamáis hoy un nuevo paraíso,
a vosotros,
que durante milenios habéis pedido
de cantar
de beber
de comer.
A vosotras, mujeres,
nacidas para los pliegos del armiño
en vuestros hombro
el cuerpo adornado de andrajos,
dejadas por muertas
a la espera del pan
en interminables colas.
A vosotros,
legiones de niños de blando esqueleto
multitudes de jóvenes retorcidos por el hambre,
a los que han vivido hasta ahí,
y a los que
no aguantaron.
A vosotros,
animales,
que olvidabais la avena comida por el hombre
trabajando, llevando a alguien, algo,
hasta que bajo el látigo caáis para siempre.
Para vosotros,
fusilados en las barricadas del espíritu,
para que hoy se cante estos días,
que atrapabais el futuro con oído codicioso,
pintores,

Roque Dalton

A Lenin

Para los campesinos de mi patria
quiero la voz de Lenin.

Para los proletarios de mi patria
quiero la luz de Lenin.

Para los perseguidos de mi patria
quiero la paz de Lenin.

Para la juventud de mi patria
quiero la esperanza de Lenin.

Para los asesinos de mi patria,
para los carceleros de mi patria,
quiero el odio de Lenin,
quiero el puño de Lenin,
quiero la pólvora de Lenin.

Roque Dalton

Dialéctica del génesis, las crisis y los renacimientos

I

Por ti evitamos poner el Partido en los altares.

Porque nos enseñaste que el Partido

es un organismo que existe en el cambiante mundo de lo real
y que su enfermedad es semejante a una bancarrota.

Por ti sabemos, Lenin,

que la mejor cuna del Partido

es el fuego.

II

Por ti comprendemos que el Partido puede aceptar cualquier

[clandestinidad

menos la clandestinidad moral.

Por ti sabemos que el Partido se construye

a imagen y semejanza de los hombres

y cuando no es la imagen y semejanza de los mejores hombres

es necesario volver a empezar.

Bertolt Brecht

Al morir Lenin

Al morir Lenin, un soldado de la guardia, según se cuenta,
Dijo a sus camaradas: Yo no quería creerlo. Fui donde él estaba
Y le grité al oído: «Ilich, ahí vienen los explotadores». No se movió.
Ahora estoy seguro que ha muerto.
Si un hombre bueno quiere irse,
¿Con qué se le puede detener?
Dile para qué es útil. Eso lo puede detener.
¿Qué podía detener a Lenin?
El soldado pensó: Si oye que los
explotadores vienen,
Puede que estando solo enfermo se levante.
Quizás venga con muletas. Quizás haga que lo traigan
Pero se levantará y vendrá para
luchar contra los explotadores.
El soldado sabía que Lenin había peleado toda su vida
Contra los explotadores.
Cuando terminaron de tomar por asalto
El Palacio de Invierno, el soldado
Quiso regresar a su hogar, porque allí
Se habían repartido ya las tierras de los propietarios.
Entonces Lenin le dijo: Quédate.
Todavía hay explotadores.
Y mientras haya explotación
Hay que luchar contra ella. Mientras tú existas,
Tienes que luchar contra ella.
Los débiles no luchan. Los más fuertes
Quizás luchen una hora.
Los que aún son más fuertes, luchan unos años. Pero
Los más fuertes de todos, luchan toda su vida,
Éstos son los indispensables.

Bertolt Brecht

Elogio del revolucionario

Cuando la opresión aumenta,
otros se desaniman,
pero su valor crece.
Él organiza la lucha
por un centavo de sueldo, por el agua de té,
por el poder del Estado.
Le pregunta a la propiedad:
¿De dónde surgiste?
Le pregunta a las opiniones:
¿A quién sirven ustedes?
Donde siempre callan todos,
allí hablará él.
Y donde reina la opinión y se habla del destino,
él dará los nombres.
Donde él se sienta a la mesa,
se está sentando la inconformidad a la mesa.
La comida se echa a perder
y en seguida se ve lo estrecho que es el cuarto.
A donde le echen,
allí irá la insurrección;
y en el sitio
de donde lo expulsen
seguirá reinando la intranquilidad.

Por la época en que Lenin murió y faltó
se había obtenido la victoria, pero el país estaba destruido.
Las masas habían despertado,
pero el camino estaba oscuro.
Al morir Lenin,
los soldados se sentaron sobre las piedras del camino y lloraron
y los obreros abandonaron las máquinas
y agitaron los puños.

Al irse Lenin, fue
como si el árbol le dijera a las hojas:
Me marchó.

Desde entonces han pasado quince años.
Una sexta parte de la tierra
está liberada de la explotación.
Cuando se grita: “Ahí vienen los explotadores”,
las masas siempre se yerguen de nuevo,
dispuestas a luchar.

Lenin está inscrito
en el gran corazón de la clase obrera.
Él fue nuestro maestro.
Él luchó con nosotros.
Él está inscrito
en el gran corazón de la clase obrera.

Bertolt Brecht

Los tejedores de alfombras de Kujan-Bulak honran a Lenin

I.

Múltiples veces -y con generosidad- ha sido honrado
el camarada Lenin. Bustos se le han erigido
y también estatuas.

Ciudades y niños llevan su nombre.

En todas las lenguas se pronuncian discursos
celebrándole.

Desde Shanghai a Chicago en su honor se organizan
mítines y manifestaciones,

mas veamos cómo

los tejedores de alfombras de Kujan-Bulak,

pequeña aldea al sur del Turquestán,

a Lenin honraron.

Cada noche, allí, veinte tejedores tiritando se alzan
del miserable telar. Ronda la fiebre.

En la estación ferroviaria zumban

los mosquitos que en densa nube suben de la ciénaga
que hay detrás del cementerio de camellos.

Pero el ferrocarril, que cada dos semanas

trae agua y humo,

trae también un día la noticia de que próximamente
va a celebrarse la fiesta en honor del camarada Lenin.

Y todo el pueblo de Kujan-Bulak,

tejedores de alfombras, pobres gentes,

decide que el camarada Lenin también tenga

allí un pequeño busto.

Estremecidos por la fiebre el día de la colecta acuden todos

y con mano temblorosa entregan,

los copecs tan duramente ahorrados.

Y Stepa Gamalev, soldado
del Ejército Rojo, escrupuloso contador y hombre despierto,
se congratula de ese deseo unánime de celebrar a Lenin.
Mas sus ojos atentos también han visto
temblar las manos,
y eso le lleva a hacer de pronto una propuesta:
El dinero para el busto se gastará en petróleo
que se derramará sobre la ciénaga
que hay detrás del cementerio de camellos,
de donde vienen los mosquitos que
la fiebre causan.
Así, combatiendo la fiebre en Kujan-Bulak
se honrará al desaparecido
pero siempre presente camarada Lenin.
La propuesta se aceptó, y el día
del homenaje, portando uno tras otro sus abollados baldes
llenos del líquido negro, se encaminaron todos a la ciénaga,
y allí lo derramaron.

Honrando a Lenin a sí mismos se beneficiaron
y le honraron beneficiándose a sí mismos.
Aquellos hombres le habían entendido.

II.

Ya hemos visto cómo el pueblo de Kujan-Bulak
honró la memoria de Lenin. Derramado
el petróleo sobre la ciénaga, aquella misma noche,
se celebró una asamblea y en ella
alguien propuso colocar en la estación
una placa donde se relatase
el suceso con referencia expresa al cambio de plan
y al trueque del busto de Lenin por el petróleo salvador:
y todo ello en homenaje a Lenin.
Así se decidió
y así se hizo.

Obras publicadas:

La mitad del cielo – Claudie Broyelle
Obras escogidas, Vol. 1 – Évald Iliénkov
La guardia roja conquista China – Robinson Rojas
Obras escogidas, Vol. 2 – Évald Iliénkov
Las luchas de clases en la URSS (1930-1941): Los dominados – Charles Bettelheim
Ensayos sobre la teoría marxista del valor – Isaak Rubin
Notas sobre Wagner y Manuscritos (1861-1863) – Karl Marx
Obras escogidas, Vol. 3 – Évald Iliénkov
El comunismo ante la cuestión LGTB+ – VV.AA.
El debate soviético sobre la ley del valor – VV.AA.
Lógica dialéctica – Évald Iliénkov
Dialéctica de lo concreto y otros escritos – Karel Kosík
Conciencia y revolución en la filosofía soviética – David Bakhurst
Sobre la génesis de «El capital» de Marx – Roman Rosdolsky
Estrategia y táctica en Marx y Engels – Bambirra, Dos, Santos
Estrategia y táctica en Lenin – Bambirra, Dos, Santos
Marx, marginalismo y sociología moderna – Simon Clarke
La dialéctica, seguido de Anexos – Ramón Valls Plana
Las luchas de clases en la URSS (1930-1941): La nueva clase dominante – Bettelheim
Hegel contra la sociología – Gillian Rose
Historia del marxismo, Vol. 1: El marxismo en tiempos de Marx (I) – VV.AA.
La danza de la dialéctica – Bertell Ollman
Cuento suprematista sobre dos cuadrados en seis construcciones – El Lissitzky
Historia del Partido Comunista Chino (1921-1949) – Jacques Guillermaz
Historia del marxismo, Vol. 2: El marxismo en tiempos de Marx (II) – VV.AA.
Lenin, los campesinos y Taylor – Robert Linhart
Lenin, seguido de Anexos – Vladimir Maiakovski

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.com

Lenin es un poema épico escrito como homenaje por el poeta futurista soviético Vladimir Maiakovski, en 1924, después de asistir al funeral en la Plaza Roja.

Su hermana mayor Lyudmila Maiakovski escribiría: "Volodia [Vladimir Maiakovski] se tomó la muerte de Lenin como algo muy personal. Para él fue como la pérdida de una persona querida y cercana. Creía en él. Le quería desde aquellos primeros días de trabajo en la clandestinidad revolucionaria. Tan conmocionado estaba por esta muerte que durante algún tiempo no pudo expresar sus sentimientos [por escrito]... Él ha estado volviendo a la memoria y a las ideas de Lenin durante toda su vida. Porque era la lucha de Lenin por los brillantes ideales del comunismo, lo que Vladimir consideraba el sentido de su propia vida".

Enero de 2024, con motivo del centenario de la muerte de Lenin.

